LUIS NIETO, *Mariátegui*.—Cuzco (Perú), Imp. Amauta, 1942. 32 pp.

Por su vibración emocional, por sus ritmos sinfónicos, por la nobleza de su inspiración, este poema a la memoria del notable peruano José Carlos Mariátegui es una realización muy bien lograda. Está dividido en varios cantos: "Sombra y silencio", "Soledad y desamparo", "Lamento y grito" y "Presencia viva". Y en todos ellos puede valorarse el vigor y la sinceridad con que Luis Nieto dice su mensaje. Su poesía, plena de sentido social, no cae en el declive prosaico —como tan a menudo acontece—, pues está gallardamente sostenida por su auténtica vocación de poeta. A manera de prólogo, este poema lleva una intensa prosa de Juan Marinello, inédita, titulada "El gran amauta del Perú", grande elogio al espíritu y la obra de Mariátegui.

GASTON FIGUEIRA

JUAN C. GARCÍA, *Selección de escritos*.—Bogotá, Editorial "Centro, S. A.", 1941. 343 pp.

Selección de escritos se titula una nueva publicación de la Academia Colombiana de la Lengua, y su autor, el Pbro. Dr. Juan C. García, es el intelectual cumplido que con iguales discreción, soltura y gracia discurre por los diversos meandros y senderos de la belleza y el arte. Erudito en ciencias humanas y divinas, los ramos de su más aquilatada predilección han sido la historia, la literatura y la sagrada elocuencia. Libros de exquisita y sabia textura confirman la noble formación y el equilibrio de su espíritu, y a través de su estilo terso advertimos, también, las inquietudes y las aficiones que lo mueven hacia las ciencias naturales, manantial seguro de enseñanzas innumerables y de goces perennes.

En este variado florilegio que ahora comentamos hay páginas históricas y artísticas, cuadros literarios, apologías, versiones poéticas y discursos, en conjunto armonioso dentro de la instable calidad de su temática. En escritores de clásica estructura la unidad dentro de la variedad se mantiene intacta, por la sutil asociación y el ritmo isócrono que en ellos se establece entre los pensamientos y los sentimientos: los escritores clásicos han de ser siempre los escritores de clase, sin distinciones vagas, vanas y arbitrarias.

Imposible detenernos, dentro de la brevedad obligada de este glosario, en la enumeración y explicación de todo el libro del doctor García, con sus distintos capítulos y apartes. La obra en su totalidad es un impecable conjunto de analectas. Pero especialmente nos seduce el admirable estudio acerca del gran emperador Adriano, hombre múltiple en sentir de Dión Casio, refinado no menos que Petronio, guerrero y legislador que dominó al mismo tiempo las artes, pues fué igualmente

entendido en escultura, en pintura, en arquitectura, en poesía y en música. Tan pronto hablaba en griego como en latín helenizado, y bajo el dombo de un cielo tranquilo, en sus caminatas vesperales, dialogaba sin afán y sabiamente con el corro de los funcionarios, filósofos, versificadores, matemáticos, juristas, militares, retóricos y naturalistas. Se entendía también con los astrólogos, oía las adulaciones de sus cortesanos y parásitos y siempre salía de sus labios una frase feliz, un comentario definitivo, la observación sagaz que por igual satisfacía a todos los componentes de sociedad tan disímil y heterogénea. Este fué Adriano, de alcurnia espiritual no inferior a la del emperador y filósofo Marco Aurelio. Adriano, ya próximo a morir, compuso aquella estrofa eterna, en que tan sentidamente se dirige a su alma: "Anima, vágula, blándula..."

Y otras cosas quisiéramos escribir al margen del libro *Selección de escritos*, del académico doctor García, pero nos lo impiden las circunstancias restringentes del espacio y del tiempo. Es la obra, en todo caso, de aquellas que redimen la inteligencia colombiana, y su lectura a la vez nos proporciona conocimientos y deleite.

ABEL GARCÍA VALENCIA,
Medellín, Colombia.

MAX DICKMANN, *Los frutos amargos*.—Buenos Aires, Editorial "Claridad", 1942.

En las circunstancias actuales, en que la tragedia humana se siente en todos los sitios y bajo todos los cielos, y en que la necesidad de analizar los problemas fundamentales es evidente y enorme, el libro *Los frutos amargos*, de Max Dickmann, viene a decirnos con encomiable claridad dónde están algunos puntos oscuros de nuestra situación y cómo es preciso disiparlos a fuerza de rectitud y de amor. Su novela es el cuadro real de un aspecto de la actualidad argentina, creado por efecto del prejuicio racial del extranjero rígido en nuestro medio. Refiérese a ese tipo de extranjero que viene a no convivir, reacio a avalorar la belleza escondida en la forma y en el fondo de las cosas nacionales; que constantemente opone una mentalidad opaca, una mirada oblicua, un corazón insignificante, y pretende nada menos que arrasar la modalidad de la gente, la generosidad y el saber natural de un pueblo que se siente fuerte a pesar de sus perentorias debilidades. Trátase del extranjero perteneciente a esa clase que experimenta un desarrollo espiritual indigente y no sabe ir en busca sino de valores a la postre inconsistentes y que, venido acá, sólo tiende hilos bajos, a ras de tierra, matemáticamente tramados, pero siempre a merced del vendaval impulsado por el destino. Es el individuo tieso, sin normas armoniosas, carente de amor a la tierra (a la tierra total sin fronteras que embellece